

DOCUMENTOS

En este número de LETRAS se reproduce un interesante escrito de Alejandro Alvarado Quirós (1876-1945), se trata de «Mi galería», el capítulo inicial de la obra *Bocetos (Artistas y hombres de letras)*. Este libro de poco menos de cien páginas recoge semblanzas, discursos y críticas escritos en torno a figuras, episodios y obras fundamentales de las letras y el arte costarricenses; apareció en San José, en 1917, impreso por Falcó y Borrásé.

Su autor fue jurista y diplomático, traductor, poeta y ensayista con enorme influencia en el medio cultural; junto con intelectuales como Justo A. Facio y Rogelio Sotela, fundó el Ateneo de Costa Rica en 1907. Además, Alvarado Quirós formó parte de la cúpula de una notable generación de antiimperialistas hispanoamericanos, compuesta por figuras de la talla de Eduardo Prado, José María Vargas Vila, José Enrique Rodó, Carlos Pereyra, Rufino Blanco Fombona, Manuel Ugarte y Víctor Raúl Haya de la Torre. Este grupo de pensadores fue testigo del vertiginoso ascenso de Estados Unidos; conocía, por lo demás, las debilidades económicas y militares de las naciones hispanoamericanas, así como las limitaciones de la institucionalidad interamericana. Mediante ensayos, arengas y propuestas políticas, estos adalides lucharon contra la influencia de Estados Unidos en la región.

Con sus escritos, Alejandro Alvarado Quirós incursionó en el campo de la reflexión conceptual acerca del arte y la identidad hispanoamericana; a la par, colaboró en la fundación de un nuevo ámbito de la tradición letrada nacional. El estudio y la reedición del libro forman parte de un proyecto general, más amplio, para una historia de la crítica literaria en Costa Rica¹.

1 El estudio y la edición de la obra se enmarcan en el proyecto de investigación, auspiciado por la Universidad Nacional, titulado *Ediciones anotadas de obras de crítica literaria en Costa Rica*, a cargo de Gabriel Baltodano y Carlos Francisco Monge.

Bocetos

(artistas y hombres de letras)

Alejandro Alvarado Quirós

Mi galería

La guerra de 1856¹ influyó notablemente en las costumbres de Costa Rica. Fue aquella una época heroica de vida muy intensa y los patriarcas perdieron poco a poco la apacible tradición de la colonia y aceptaron los ritos de trabajo, de progreso y de energía².

Pero lo que vino a transformar radicalmente a Costa Rica fue la terminación de la línea férrea³ que puso en comunicación diaria y fácil con el océano Atlántico a los pobladores de la Meseta Central.

De ahí data una nueva era en el sentido económico. Nuestros productos tropicales tuvieron la explotación debida y la importación de todos los artículos europeos engendró como era natural un movimiento comercial hasta entonces desconocido. Se hicieron edificios más grandes destinados a las mercaderías y palacios para los bancos. Apareció la idea de lujo. Las modas invadieron el país, ofreciendo a la mujer, como antaño la serpiente, esas manzanas tentadoras: la seda, la pluma, el encaje, las joyas y las mil y una futelezas del tocado.

1 La Guerra Nacional, también denominada Campaña Nacional, inició en 1856 y finalizó en mayo de 1857. Mediante esta se expulsó de Centroamérica a los filibusteros liderados por William Walker (Estados Unidos: 1824-1860). El triunfo de las tropas costarricenses fue opacado por la epidemia de cólera, que causó la muerte de casi una décima parte de la población. La crisis económica se extendió por dos años más y supuso un retroceso del desarrollo propiciado por la exportación del café.

2 El comercio del café transformó la economía y la sociedad costarricenses; por una parte, dio impulso a la modernidad y dignificó a la clase dominante; por otra parte, desplazó a los campesinos pobres e indígenas. En *Historia de Costa Rica* (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2004) 51, Iván Molina y Steven Palmer recuerdan que la proporción de jornaleros, campesinado sin tierra, aumentó de 25% a 36% en el periodo 1864-1892. Tuvo lugar, por aquellos años, una alteración de los antiguos esquemas socio-económicos, fundados en la pequeña propiedad.

3 La construcción del ferrocarril al Atlántico se extendió entre 1871 y 1891, tenía los propósitos de facilitar el comercio con Europa y de favorecer el poblamiento de las llanuras.

Se transformaron en hoteles las antiguas fondas; se inició la época de banquetes oficiales y de suntuosas fiestas particulares. Vinieron extranjeros a visitarnos, algunos a radicarse en nuestra Arcadia, otros como turistas de comercio o como simples curiosos de las bellezas naturales⁴. El champagne con su séquito de vinos hizo su rubia aparición, y se entronizó en todos los bailes y recepciones de alto rango.

Los hijos del país a su vez viajan con más frecuencia, visitando con más o menos fruto las metrópolis del mundo: París, Londres, Nueva York, y a su regreso contribuyen a las modificaciones de las ideas y las costumbres.

La librería que había vegetado hasta entonces, tocada de la fiebre se ensanchó con los pedidos de obras nuevas y selectas, y la imprenta que era lo más rudimentaria y que apenas servía para editar una gaceta y alguna primitiva e ingenua publicación, se enriqueció también con máquinas modernas, imponiendo al público el gusto del diario noticioso y la edición cuidada y primorosa, que puede ya sin desdoro enviarse en canje al extranjero.

La escuela y el colegio ven multiplicarse en pocos años sus estadísticas, mejoran sus procedimientos, humanizan sus métodos, se apropian de las innovaciones de países más adelantados, y se preparan generaciones de jóvenes de ambos sexos que salen de las aulas con un nivel superior de cultura, listos para perfeccionarla, ya con los viajes o con el comercio de los hombres.

La política sale de las pocas manos a que se estaba dócilmente entregada y al ensancharse su radio de acción gana y pierde, gana porque se realiza la aspiración de toda democracia, que el gobierno sea el reflejo de la mayoría, pierde, porque al romper el molde estrecho de la oligarquía fueron reemplazados los magnates por los hombres que no siempre les igualaban en decoro, experiencia y conocimientos,

4 Minor Keith (Estados Unidos: 1848-1929), el principal constructor del ferrocarril al Atlántico, advirtió que la colonización de El Caribe centroamericano atraería la inmigración europea. Ver Watt Stewart, *Keith en Costa Rica* (San José: Editorial Costa Rica, 1967) 102.

corrompiéndose fatalmente por obra de los *parvenus*⁵ el sufragio, la tradición sana legislativa y los manejos de la administración. Me apresuro a decir que en Costa Rica en menor grado que en otras repúblicas del mismo continente, pues por un feliz equilibrio nativo los hombres de esta tierra son ordenados, pacíficos y celosos de sus libertades.

Se caracteriza la época por un instinto de gozar ávidamente de las ventajas materiales y para ello se ensancha el culto al dinero cuyo poder se hace de día en día con auge creciente, la clave de nuestra vida social y política.

Los cultivadores de la idea pura viven reclusos, los sembradores del ideal permanecen aislados o a lo sumo tienen pequeños cenáculos que recogen sus enseñanzas.

Nadie puede vivir de la pluma. La ciencia se paga solo en la cátedra y modestamente. Las letras no constituyen una profesión. Cuando se logra vender un libro a lo sumo paga su importe. Por eso aquellos a quienes Apolo⁶ sugiere la inquietud sagrada, buscan en los colegios una clase para ganar el pan, empeñan su pluma en esa tarea deprimente del artículo cotidiano para el público o adulan al poderoso para obtener protección oficial y lo más frecuente, si no son pedagogos ni periodistas, buscan en otras profesiones su verdadera posición que los sacará del apuro de la pobreza o bien dejan enmohecer sus facultades creadoras y se conforman con reverenciar el arte en los libros y en las estampas. A veces sacuden el polvo de las sandalias y emprenden peregrinaciones fuera de la patria.

Cuando se habla de un talento artístico que se anunció bajo auspicios brillantes y que más tarde se malogra, pensamos en el medio ambiente, en la ruin lucha por la vida que puede compararse a la racha fría que hace doblegarse a la flor, al punto de caer vencida al pie del tallo con las hojas mustias y el aroma desvanecido.

En nuestro grupo étnico tampoco predomina la fantasía. Ni oradores, ni poetas, ni músicos, ni pintores. Atavismos ingobernables

5 *Advenedizos*, en frances en el original..

6 Apolo es, en la mitología griega, uno de los doce dioses del Olimpo y el patrono de la poesía y la música.

inclinan la frente hacia los surcos. Es inútil que el cielo ostente con derroche de colorido todos los tesoros de la paleta, en una tarde digna de Venecia; no hay ojos que la contemplen; y cuando en la noche, en una cabalgata que atraviesa un bosque se llega a un claro y la luna seguida de innumerables astros se destaca como un antorcha gloriosa de firmamento, no hay un solo ruiseñor que eleve hasta ella el ritmo de su canto, si acaso un rápido comentario que se impone para la belleza de la noche y nada más.

Pero crítica eso sí. Despunta una inteligencia y sus primeros rayos parecen arrebatarnos algo que nos pertenecía exclusivamente y por lo tanto, formamos una coalición en la sombra para apagarla o para regatearle su valimiento.

Es doble por lo mismo la lucha y desigual para el objeto del pensamiento. De una parte el desdén del hombre de negocios, del clásico burgués, que solo lee con atención los comunicados cablegráficos o las disquisiciones financieras en los diarios, de otra la campaña más o menos encubierta entre los profesionales de las letras o las artes, que alzarán el tono tan pronto sea necesario discutir una victoria, un éxito, un esfuerzo que ha cosechado alabanzas más allá de lo permitido, es decir, de una honesta e inofensiva mediocridad.

La crítica no es literaria ni puede clasificarse en ninguno de los moldes conocidos, pocas veces se publica en las revistas, pero su acción corrosiva se hace sentir y al pobre poeta se le caen las alas después del primer vuelo.

Un caballero costarricense que además de poseer sólido talento tenía profundo conocimiento de sus gentes nos daba el consejo que su experiencia le dictaba como el mejor medio para figurar. Amigo mío, decía, no haga usted nada, no tome participación en reuniones públicas para no verse comprometido a pronunciar discursos ni caiga en la tentación de escribir una línea, ni una estrofa, le repito, nada. Así comentarán los tesoros ocultos de su inteligencia, que nadie ha conocido y que por lo mismo no pueden ofuscar, y el temple de su

carácter, espada toledana virgen⁷, que nadie ha puesto a prueba y con el tiempo por aliado llegará usted infaliblemente a la cumbre.

Con semejantes antecedentes pintados del natural es lógico deducir que nuestra literatura no ha salido aún del limbo primitivo, que no tiene espíritu nacional, ni orientación definida, se hace lo que se puede con más o menos felicidad de concepto o brillantez de forma. Los talentos creadores son verdaderamente la excepción, pero la misma laboriosidad en materia artística merece aplausos para que S.M. Sancho⁸ no impere como único y absoluto soberano.

En general se imita. Las lecturas que están de moda dan temas de la inspiración y el fondo de la cultura. Novelas españolas o traducciones muy malas de los más famosos escritores franceses o ingleses constituyen el núcleo de nuestras librerías. Ahora muchos piden directamente y el conocimiento que se extiende cada día más de lenguas extranjeras permite ya apreciar en su verdadero jago el pensamiento de los grandes maestros. París como es natural en un pueblo latino, atrae, cultiva, retiene nuestros cariños y son por lo mismo los franceses o los escritores consagrados en Lutecia⁹ los favoritos de la opinión.

Recientemente la América española ha entrado también en nuestra pista ideal debido al canje más frecuente de publicaciones, libros y revistas que nos informan del pensamiento de nuestros hermanos y la fama orla con un nimbo de luz las frentes coronadas con legítimos laureles.

7 La analogía se refiere a la fortaleza del acero toledano, principal materia de las armas del Imperio Español.

8 Al parecer, se refiere a Mario Sancho Jiménez (Costa Rica: 1889-1948), uno de los más recordados ensayistas costarricenses. Sancho siguió la carrera de derecho, que no culminó, y fue cónsul en Estados Unidos y México. Entre sus escritos sobresalen *Palabras de ayer y consideraciones actuales* (1912), *Viajes y lecturas* (1933), *El doctor Ferraz, su influencia en la educación y en la cultura del país* (1934) y *Costa Rica, Suiza centroamericana* (1935).

9 Lutecia, del latín *lutum* o de la voz celta *luh*, *lodo* o *río*, según sea el caso, es el nombre dado, en la antigüedad, a la ciudad de París. El origen de la designación provoca dudas, pues puede referirse a una ciudad del lodo, previa al empedrado de las calles; a una laguna lodosa de las cercanías; o a la isla de la ciudad en el río Sena. Ver Pedro Felipe Monlau, *Diccionario etimológico de la lengua castellana precedido de unos rudimentos de etimología* (Madrid: Imprenta y Estereotipia de M. de Rivadeneyra, 1856) 320.

¿Para qué citar nombres? Dos bastarán para demostrar la influencia que han tenido los hispanoamericanos en Costa Rica, en el culto del ideal.

Antonio Zambrana¹⁰, abogado cubano que vino al país en 1876 como delegado de revolucionarios, en plena juventud, y volvió más tarde para compartir nuestra vida por un largo periodo. Fue litigante, profesor, periodista, magistrado, y en todas esas diversas ocupaciones era un apóstol desinteresado del bien y de la inteligencia.

Dos o tres generaciones de alumnos le deben la iniciación en los estudios literarios superiores y no pueden olvidar sus preceptos de sana política individualista.

Pero el más vivo recuerdo que conservamos es el del orador. Una velada, el entierro de algún prócer, un centenario, las reuniones del Ateneo¹¹, todo era realizado por la palabra de fuego del gran tribuno, encargado sempiterno de abrir la solemnidad y de explicar con frase elocuente su significado.

Sin abusar de la fácil comparación, sin apelar a lirismos innecesarios, podemos asegurar que nunca hemos oído artista de la palabra de más elevada alcornia. Presencia leonina, dicción correcta, clarín de bronce, metáforas brillantes, y por encima de la forma, el pensamiento como un águila remontándose hacia el éter luminoso.

Nunca olvidaremos los costarricenses el discurso dedicado el primero de mayo a nuestros héroes de la única guerra que registra la historia patria y por razones particulares no se borra de nuestra imaginación el elogio fúnebre de un austero magistrado de la Corte, la pintura de la Justicia como roca enhiesta azotada por la furia del

10 Antonio Zambrana Vázquez (Cuba: 1846-1922) contribuyó, de manera decisiva, al perfeccionamiento de la República y a la renovación de las ideas. A la par de sus aportes en materia de legislación, creó la Academia de Ciencias Sociales y el Ateneo de Costa Rica. Los intelectuales costarricenses de finales del siglo xix le tuvieron por maestro; se lo considera el principal difusor del espíritu positivista y un promotor de las letras. Se debe a Zambrana un hito de la cultura letrada nacional: el estudio *Ideas de estética, literatura y elocuencia* (Tipografía Nacional, 1896).

11 El Ateneo de Costa Rica, fundado en 1907, fue una asociación cultural dedicada al estudio y la difusión de las ciencias exactas, las ciencias morales, la política, las bellas artes y la literatura.

oleaje, nuestras pasiones desatadas, firme, incommovible a través de los tiempos, vencedora eterna y serena.

No es fácil imitar a un orador ilustre cuyo poder persuasivo es eminentemente personal. En este sentido Zambrana no fundó escuela, pero en materia de arte y de letras fue un verdadero precursor que nos hizo entrever con los mirajes encantadores de su palabra o de su prosa, la lejana tierra prometida.

En 1890 vino también a Costa Rica Rubén Darío¹². Aquí pasó el año más oscuro de su vida. Periodista, iniciado en los secretos de la prensa moderna, trató de trabajar en su especialidad pero sin resultado práctico alguno. Fuimos sordos como el sátiro de unos de sus cuentos¹³, a los himnos de la alondra que al influjo de la mañana se remonta a saludar al sol.

Orfeo con su lira y con sus cisnes abandonó nuestros prosaicos lares y nunca volvió a ellos. Pero la semilla quedó regada en la tierra y más tarde, a su influjo, los jóvenes se ejercitaban ya en prosa, ya en verso, cuentos, poemas, en el arte difícil, en el rito encantado que custodia la esfinge bella y misteriosa.

Un libro puede, como una piedra preciosa, ser una condensación, un tesoro de luz y de colores. Si algún libro es compendio de un talento literario eximio es el libro *Azul*¹⁴ de Rubén Darío.

El poeta viajó, peregrinó, amó, vivió. La República Argentina supo comprender que era él de la pura sangre apolínea y le calzó la

12 Rubén Darío (Félix Rubén García Sarmiento, Nicaragua: 1867-1916) llegó a Costa Rica, procedente de Guatemala, en agosto de 1891. A pesar de las penurias económicas vividas por la nueva pareja, la estadia de Darío y su esposa, Rafaela Contreras Cañas (Costa Rica: 1869-1893), fue motivo de complacencia entre los intelectuales costarricenses. Ver Alejandro Montiel Argüello, *Rubén Darío en Costa Rica* (San José: López Tercero, 1986) 11-12.

13 “El sátiro sordo” se recoge en la segunda edición de *Azul*, se refiere a la poca acogida de la poesía en la vida ordinaria. En el relato, el sátiro, viejo rey de la selva, a causa de un atrevimiento, recibe el castigo de Apolo: la sordera. Por caprichoso, prefiere al asno antes que a la alondra, su sabia consejera. Orfeo, el poeta por excelencia, solicita hospitalidad al sátiro, que desatiende la recomendación del ave, símbolo del amor universal: “He aquí que su lira es bella y potente. Te ha ofrecido la grandeza y la luz rara que hoy has visto en tu selva. Te ha dado su armonía”.

14 La primera edición de *Azul* apareció en 1888; dos años más tarde, Darío añadió poemas y cuentos a la publicación preparada en Guatemala, cuya difusión fue mayor.

espuela de oro. Desde entonces vivió en París y de allá, de la Ciudad Luz, enviaba al periódico magnificante de Buenos Aires los primores de su ingenio en prosa y en verso, cuentos, viajes, siluetas de personajes e impresiones de arte de los salones.

Su obra personal aumentó considerablemente y se editaron varios volúmenes en que se recogen como filmes preciosos, las riquezas de su imaginación de mago oriental, las adivinaciones verbales de este vate prodigioso.

Más aún, en España, se le tuvo como maestro o jefe de escuela, porque vertió el rico vino de Francia en la vieja ánfora castellana, amoldando la lengua sonora a las quintaesencias de la forma de los orfebres de París.

La prosa se hizo en sus manos tersa y tibia como la seda de un semblante de mujer y en el tejido sutil brillaban a cada paso las más imprevistas novedades o estallaban como petardos los calambures a que nuestra gravedad de hidalgos no se acostumbra fácilmente ni en España ni en las tierras hispanas de América.

¡No importa para mí el *Azul!*¹⁵ Nuestro cielo mismo pareció dilatarse más brillante cuando aprendimos el verdadero significado del arte.

Los cuentos en prosa son verdaderas obras maestras. Así, por ejemplo, “La Ninfa”¹⁶, compendio de elegancias, ático trasunto de un tema de la vida moderna, y “El fardo”¹⁷, relato de un colorido realista y humano en un marco en que el mar aparece con sus olas, sus muelles y el gran viento que sopla impregnado de penetrante olor salino.

Los poemas del año lírico fueron para nuestra juventud, lo que las noches de Musset para los románticos franceses¹⁸, algo raro, algo

15 El autor se refiere, evidentemente, al libro *Azul*, de Rubén Darío, publicado en Valparaíso en 1888.

16 “La Ninfa” figuraba ya en la primera edición de *Azul*, y tiene por protagonista a un poeta que experimenta la voluptuosidad; sustraído de una reunión en torno a Lesbia, anfitriona y actriz, es sujeto de una travesura y un misterio: contempla a una ninfa en todo semejante a Venus.

17 “El fardo” es una prosa recogida por la versión inicial de *Azul*, relata la muerte accidental del hijo del tío Lucas, un pescador atormentado por el reumatismo.

18 Alfred de Musset (1810-1857), célebre poeta francés, cuyas «Noches» recoge en *Poésies nouvelles*, publicadas en 1850.

nuevo, que se aprende de memoria y se recita en momentos de pasión o de nostalgia.

En una novela de Balzac hemos leído que la estatua de Napoleón en lo alto de la Columna Vendôme fue para mis compatriotas de épocas posteriores al Imperio un acicate, pues todas las ambiciones de gloria y de poder se creyeron lícitas después del avatar del oficial corso convertido en el gran Emperador¹⁹.

Pues bien, la sugestión que en los hispanoamericanos ejerce el nombre de Rubén Darío podría muy bien ser comparada con aquella, en el terreno literario. He aquí un humilde hijo de Nicaragua que dentro de poco tendrá erigida una estatua, bien ganada, por cierto, en el jardín de Tullerías²⁰. ¡Qué aliciente para los trabajadores del verso, qué horizonte ilimitado para los cronistas y corresponsales que sufren y ayunan en las oscuras imprentas! ¿Era pues cierta la fábula del Pegaso?

Nicaragua es nuestra vecina, y ¡ay de nosotros! Panamá también lo es. Nuestra tierra está enclavada entre dos zonas de canales concedidos a los Estados Unidos y para colmo de males se repite entre naciones el proverbio inventado para mujeres: «¡Infeliz de la que nace hermosa!»²¹. Costa Rica es pródiga y fecunda. Su clima de Cartago es fresco y saludable. Sus pampas del Guanacaste aguardan los hatos interminables que pastarán en sus soledades, la meseta produce el café rival del fruto de Arabia, sus costas son fértiles y cálidas, propias para los codiciados frutos tropicales.

19 Efectivamente, la columna Vendôme es un monumento erigido en la ciudad de París, por encargo de Napoleón Bonaparte. El novelista Honoré de Balzac (Francia: 1799-1850) menciona este monumento en su novela *Papá Goriot* (1834).

20 Famoso parque público de París.

21 Esta frase está en unos versos de la poetisa Carolina Coronado (España: 1820-1911), titulado «En un álbum de una señora que quería que se dijese algo de la desgracia de ser mujer». *Poesías de la señorita Doña Carolina Coronado* (Madrid: Tipografía del Semanario Pintoresco y de la Ilustración, 1852) 128. El verso “¡Ay infeliz de la que nace hermosa” cierra la primera estrofa del poema “Isabel de Valois o de la Paz”, de Manuel José Quintana (España: 1772-1857). *Obras completas del Sr. D. Manuel José Quintana* (Madrid: Imprenta y Estereotipia de M. de Rivadeneyra, 1852) 36.

Europa permanece indiferente, aparentemente desinteresada de estas regiones, que antaño despertaban las avideces de los argonautas que vinieron en pos de las carabelas de Colón.

El coloso de América, pletórico de vidas, pletórico de recursos, poderoso como el oro, fuerte como un atleta joven, se prepara para futuras correrías que lo adueñarán de un continente libre de todo control, si Dios no lo remedia.

Nuestra mentalidad sufre de este estado de cosas. Se siente más sobre nuestros corazones que sobre nuestras cabezas esta fría espada de Damocles, porque es incontestable que la raza latina, a pesar de lo que digan los diplomáticos conquistadores, no tiene simpatías por las naciones ávidas de presa, y que estas jóvenes Repúblicas pueden ser detenidas en su desarrollo cuando apenas conozca el mundo las primicias de sus cosechas espirituales.

Vemos con dolor amenazada nuestra raza, nuestra religión maternal, nuestra lengua venerable.

Conviene, pues, realzar todo lo que pudiera prestigiarnos y servir de exponente de una idea, de un sacerdocio, de un ministerio de bien o de belleza. La cultura será la única redención de Costa Rica y su razón de existir dentro de la libertad y la soberanía.

En esta modesta galería en la que he reunido algunos lienzos de distintas épocas, algunas figuras de mi predilección, apenas diseñadas, que para mí tienen el atractivo del buen tiempo pasado y espero que para otros el de una impresión benévola y sincera, la única crítica que acepto y practico.

San José, agosto de 1917.